

CAPÍTULO 1



Cuando nos hacemos mayores (pero con salud, desde luego), a veces nos entra mucho sueño y parece que las horas pasan como vacas perezosas por un paisaje. Esto era lo que le sucedía a Chips a medida que avanzaba el trimestre de otoño y los días se acortaban hasta el punto de hacerse necesario encender el gas antes de la hora de pasar lista. Porque Chips, como los viejos lobos de mar, todavía medía el tiempo por las señales del pasado; y con razón, porque vivía en casa de la señora Wickett, justo enfrente del colegio de internos. Llevaba allí más de diez años, desde que por fin se había jubilado de su plaza de profesor; y tanto él como su patrona se guiaban por la hora de Brookfield más que por la de Greenwich. «Señora Wickett —gorjeaba él con su aguda voz entrecortada y todavía bastante enérgica—, ¿sería tan amable de traerme un té antes de la hora de estudio?».

Cuando uno se hace mayor, es un placer sentarse al amor del fuego y tomar una taza de té oyendo la campana del colegio que anuncia la hora de comer, la de pasar lista, la de estudio y la de apagar las luces. Chips siempre daba cuerda al reloj después de la última campana; luego ponía la rejilla protectora de la chimenea delante del fuego, cerraba la llave

del gas y se iba a la cama con una novela de detectives. Pocas veces leía más de una página antes de que el sueño llegara, veloz y pacífico, más semejante a un aumento místico de la percepción que a un cambio de mundo. Porque sus días estaban tan llenos de sueños como sus noches.

Se hacía mayor (y disfrutaba de salud, desde luego); como decía el doctor Merivale, estaba perfectamente. «Mi querido amigo, está usted mejor que yo —le decía Merivale mientras tomaba a traguitos una copa de jerez, cuando iba a verlo cada quince días o así—. Ha pasado usted la edad de contraer enfermedades horribles; es uno de los pocos afortunados que va a morir de muerte verdaderamente natural. Es decir, si llega a morirse. Es un muchachote tan extraordinario que nunca se sabe». Pero cuando el señor Chips se constipaba o el viento del este bramaba en las tierras pantanosas, a veces Merivale se llevaba a la señora Wickett aparte, al vestíbulo, y le susurraba: «Cuídelo, ya sabe. Ese pecho... hace trabajar mucho al corazón. En realidad, está perfectamente, pero *anno domini*, que al fin y al cabo es el peor de los males...».

Anno domini, sí, por Zeus. Nació en 1848 y lo llevaron a la Gran Exposición con tres añitos: pocas personas vivas podrían presumir de una cosa así. Por otra parte, Chips se acordaba incluso de Brookfield en los tiempos de Wetherby, una cosa prodigiosa, porque Wetherby ya era viejo en aquellos tiempos, 1870, una fecha fácil de recordar por la guerra franco-prusiana. Chips había solicitado plaza en Brookfield después de pasar un año en Melbury, que no le había gustado nada porque le tomaban mucho el pelo; en cambio, Brookfield le gustó mucho casi desde el primer momento. Se acordaba de la entrevista preliminar: fue un soleado día de junio, el aire olía a flores y se oía el golpeteo de los bates contra la

pelota en el campo de críquet. Brookfield jugaba contra Barnhurst, y uno de los chicos de Barnhurst, un muchacho bajito y regordete, hizo una serie brillante de cien carreras. Qué curioso que una cosa así se quedara tan grabada en la memoria. Wetherby era muy paternal y cortés; debía de estar enfermo en aquel entonces, pobre hombre, porque murió en las vacaciones de verano, antes de que Chips empezara el primer trimestre. Pero, de todos modos, llegaron a verse y hablaron. A menudo, sentado junto al fuego de la señora Wickett, pensaba: «Debo de ser la única persona del mundo que tiene un recuerdo vívido del viejo Wetherby...». Vívido, en efecto; era una imagen que le venía a la cabeza a menudo, aquel día de verano, y el sol filtrándose entre el polvo del despacho de Wetherby.

—Es usted joven, señor Chipping, y Brookfield es una institución antigua. La juventud y la antigüedad suelen combinar muy bien. Entréguese a Brookfield con entusiasmo, y Brookfield le dará algo a cambio. Y no consienta que le tomen el pelo. Y... esto... deduzco que imponer disciplina no fue su punto fuerte en Melbury, ¿no es así?

—Pues, no, señor, seguramente no.

—No se preocupe, usted es muy joven, y esto es cuestión de experiencia. Aquí tiene otra oportunidad. Adopte una actitud firme desde el principio, ese es el secreto.

Tal vez sí. Se acordaba del primer día que entró para hacerse cargo de la hora de estudio y del jaleo tremendo que se armó: un atardecer de septiembre, hacía más de medio siglo, y el auditorio a rebosar de vigorosos bárbaros dispuestos a asaltarlo como si fuera su presa por derecho propio. Su juventud, la frescura del rostro, el cuello alto y las largas patillas (modas anticuadas que se llevaban entonces) a merced

de quinientos rufianes sin principios para los que hacer la vida imposible a los profesores nuevos era un arte noble, un deporte emocionante y algo tradicional. Buenos chiquillos de uno en uno, pero en masa, despiadados e implacables. El silencio repentino cuando se sentó en su sitio en el estrado; el ceño fruncido que puso para disimular el nerviosismo; el alto reloj haciendo tictac detrás de él y el olor a tinta y barniz; los últimos rayos rojizos que entraban, inclinados, por los vitrales de las ventanas. Una tapa de pupitre se cerró de golpe: rápido, tenía que pillar a todos por sorpresa; tenía que demostrar que no era tonto.

—Usted, el de la quinta fila, el pelirrojo, ¿cómo se llama?

—Colley, señor.

—Muy bien, Colley, cien líneas.

Y, a partir de ahí, todo como la seda. Había ganado el primer asalto.

Muchos años después, cuando Colley era concejal de la ciudad de Londres, y baronet y otras cuantas cosas más, mandó a su hijo (pelirrojo también) a Brookfield, y Chips le dijo: «Colley, su padre fue el primer chico al que castigué cuando llegué aquí, hace veinticinco años. Él se lo mereció entonces y usted se lo merece ahora». ¡Cuánto se rieron todos! ¡Y cuánto se rio *sir* Richard cuando su hijo le contó la anécdota en la carta del domingo siguiente!

Y, de nuevo, años más tarde, muchos años más tarde, la broma resultó más divertida todavía. Acababa de llegar al colegio otro Colley, hijo del hijo del primero, y Chips, rociando las frases de breves «hum», que ya eran costumbre en él, le dijo:

—Colley, es usted... hum... un ejemplo espléndido de... hum... tradiciones que se heredan. Me acuerdo de su abuelo...

hum... jamás llegó a entender el ablativo absoluto. Era un zoquete su abuelo. Y también su padre... hum... Me acuerdo de él... Se sentaba en el último pupitre, junto a la pared... y tampoco era mucho más listo. Sin embargo, creo... mi querido Colley, que usted es... hum, ¡el más zoquete de los tres!
Y grandes carcajadas de los presentes.

Esto de hacerse viejo es una gran broma... pero una broma triste en cierto modo. Y Chips, sentado junto al fuego con los vientos de otoño silbando en las ventanas, se dejaba llevar muy a menudo por la risa y la tristeza, y, cuando llegó la señora Wickett con el té, no supo si el hombre había llorado o se había reído. Ni el propio Chips lo sabía.